

27/02/14 - 00:00 **OPINIÓN**

Roberto Díaz Castillo

Roberto: Aún estoy a tiempo para dedicarte esta columna. Eras el hombre perfecto, al cual yo temía cuando estaba trabajando como jefe de Publicidad y Relaciones Públicas de la Universidad de San Carlos. Y digo temía, porque eras único en todo lo que realizabas. Lo que hacías, lo hacías perfecto. Si estabas en el puesto especialísimo de secretario de la Universidad de San Carlos, nadie como tú para cumplir con sus obligaciones. Era eso lo que me daba pánico. Yo, que había empezado como jefe de Relaciones Públicas, sentía que a veces no lo hacía tan bien, por lo menos en cuanto me comparaba contigo.



Margarita Carrera

Es verdad que habías sido tú quien, junto con el rector de aquella época, Rafael Cuevas del Cid, me habían nombrado para desempeñar dicho trabajo, pero yo generalmente no te obedecía, hacía lo que yo creía conveniente. No me agradaba tu postura de dictador. Pero sabías hacerlo tan bien, que no quedaba otro recurso que obedecerte. Reconocías que yo fallaba, porque no me gustaba recibir órdenes y había que hacerlo. Inteligente como eras, sabías que mi personalidad era lo necesario como jefe de publicidad y relaciones públicas: mi manera de ser y la forma como vestía. Así que ahí estaba yo, haciendo no

propriadamente lo que se me ordenaba. De ahí mi pánico. Saber que a la hora de la hora, yo resultaba con cumplir de acuerdo con mi personalidad. Pero te admiraba mucho, algo que tú no desconocías. Lo que más me gustaba de mi trabajo eran las recepciones a las que asistía. En esa época yo no estaba fea y conocía a altas personalidades. Entre ellas estaba Harald Edelstam, un sueco alto y bello. Yo era bajita, así que vernos juntos llamaba la atención. Entre las amistades de Harald estaba Roberto, a quien le tomó mucho cariño, así que yo estaba muy contenta. Se parecían en cuanto aquello que llevaban a cabo, pues lo hacían de manera casi perfecta. Recuerdo un día en que la Universidad daba un almuerzo a una de las altas personalidades de México. Amí no me habían dicho nada, cuando se apareció Roberto en mi oficina para invitarme personalmente. Esto me ocasionó mucho júbilo y de inmediato le dije que me iría a cambiar de ropa a mi casa y que llegaría al lugar en donde estarían. Al estar presente, me indicó que me sentara en un lugar en donde podría conversar con el señor sueco. Así lo hice, y recuerdo este hecho inolvidable. Me hizo sentir muy bien. De este almuerzo me salieron varias invitaciones, pero la más importante es la de Harald, que me invitó a Suecia. Para eso me puso una señorita sueca de guía, que a última hora, al ir caminando, se desmayó. Inmediatamente, Harald me ayudó y llamó a una ambulancia, que llegó de inmediato. Entré con él a la cena y al poco tiempo llegó mi guía, ya repuesta. Roberto Díaz Castillo estaba presente. Eso me infundía confianza, porque pensé que yo valía algo. Total estábamos reunidos, al lado de Roberto, el embajador y yo. Roberto le dijo al embajador que tendrían ciertas festividades de la Universidad y que se honraría en invitarlo.

Así, la reunión fue un punto de encuentro en donde yo me gané el viaje a Suecia. A Roberto lo invité a otros lugares no menos importantes. En fin, que yo recuerdo estos hechos del pasado y lo revivo con un dejo de nostalgia, pero también con alegría.

De eso hace ya muchísimos años, pero a mí no se me olvidan. Recuerdo a Harald y a Suecia como si hubiera sido ayer.

Asimismo, el recuerdo de mi amigo del alma Roberto Díaz Castillo. Me gustaría retornara el tiempo y revivir etapas de mi vida que me hicieron feliz.

© Copyright 2008 Prensa Libre. Derechos Reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este sitio web sin autorización de Prensa Libre.